

austriaca, y hasta le pareció notar cierta demora en la entrega de algunas plazas. Reprendió inmediatamente á Berthier por su debilidad, y le mandó que detuviese á la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> columnas del ejército de Melas, dado que la 1.<sup>a</sup> se había ya puesto en marcha. Podían concebirse temores, especialmente acerca de Génova, por si los austriacos intentaban entregársela á los ingleses antes que los franceses se establecieran en ella (1). En efecto, el príncipe de Hohenzollern, ya fuese espontáneamente, ya instigado por los ingleses, se negaba en aquel momento á entregar á las tropas de Massena una plaza cuya conquista había costado tantos afanes. Noticioso Mr. de Melas de aquellas dificultades, insistió con leal empeño para que su lugarteniente llevase á cabo el convenio de Alejandría, amenazándole si oponía resistencia con abandonar á las consecuencias que pudiese traer consigo semejante acto de deslealtad. Las palabras de Mr. de Melas produjeron su efecto, y Génova fué entregada á los franceses el 24 de junio con alborozo de los patriotas ligurianos libertados en tan pocos días de la presencia de los austriacos y de la dominación de la oligarquía. Así fué como se cumplió aquel memorable dicho de Massena: «¡Yo os juro que volveré á entrar en Génova antes de quince días!»

Hecho esto, salió el primer cónsul de Milán el 24 de junio, acompañándole su predilecto edecán Duroc, Bessieres, comandante de la guardia consular, su secretario Bourrienne, y Savary, que era uno de los dos oficiales que en recuerdo de Desaix había agregado á su persona. Detúvose algunas horas en Turín para disponer se ejecutasen ciertas obras en su ciudadela, atravesó el monte Cenis, y entró en Lyon por arcos de triunfo, en medio de un gentío asombrado de los prodigios que acababan de acontecer. Los lioneses, tan entusiastas de su gloria como de su política, invadieron la posada de los Celestinos, donde se había apeado, y se empeñaron en que habían de verle por fuerza. No tuvo más remedio que presentarse á ellos; á su vista rompieron en unánimes aclamaciones, le pidieron con tales instancias que se dignase colocar la primera piedra de la plaza de

(1) La cesión de Génova era efectivamente objeto de muy graves discusiones en el campo de los austriacos, porque ¿con qué derecho iban éstos á ceder á los franceses todas las ventajas de una conquista hecha por las armas de Inglaterra y del Austria reunidas? La Inglaterra no tuvo parte ninguna en el convenio que el austriaco y el francés ajustaron, y que sólo firmaron éstos, y la prueba es que al pie de dicha capitulación no figuran otros nombres que los de los generales Berthier y Melas. La posesión de Génova era común á las dos potencias aliadas, Austria é Inglaterra, y por lo tanto no le faltaba á esta última razón para preguntar á aquélla con qué derecho había celebrado sin su intervención un tratado que redundaba en su perjuicio. Esta consideración poderosa fué la que produjo vivas reclamaciones entre los más leales del ejército austriaco, á tal punto que si el respeto á la disciplina no le hubiera contenido, todo el estado mayor del ejército alemán hubiera insultado al general Melas en sus canas; y esta consideración, y no en manera alguna un ánimo desleal, fué la causa de que el príncipe de Hohenzollern se negase por de pronto á entregar la plaza de Génova. El almirante inglés lord Keith, en una nota que le pasó, le declaró que iba á apoderarse de los fuertes de la ciudad antes que verlos en poder de los franceses; pero las órdenes de evacuarla enviadas por Mr. de Melas llegaron tan á tiempo, que el comandante de la plaza abrió á los franceses las puertas de Génova antes de que los ingleses pasaran á guarnecer sus fuertes. Lord Minto, embajador en Viena, dirigió á este gabinete una nota bastante áspera sobre aquella infracción

(N. del T.)

Belle-Cour, cuya reconstrucción iba á empezarse, que le fué preciso consentir en ello, y se detuvo un día entero en Lyon entre innumerable concurrencia de los pueblos aledaños; después de dirigir á los lioneses frases que los halagaron sobre el próximo restablecimiento de la paz, del orden y del comercio, volvió á proseguir su camino hacia París, acudiendo por todas partes á su tránsito los habitantes de las provincias. Gozaba con vehemencia de su gloria aquel hombre tan mimado á la sazón por la fortuna, y sin embargo, conversando de continuo durante sus viajes con sus acompañantes, les dirigió este dicho memorable, que pinta su insaciable deseo de gloria. «Sí, les dijo, he conquistado en menos de dos años el Cairo, Milán y París; y con todo, si muero mañana no llenaré media página de una historia universal.» Llegó á París en la noche del 2 al 3 de julio.

Su vuelta era necesaria, porque alejado de la capital cerca de dos meses, su ausencia había dado margen á algunas intrigas, especialmente por las falsas noticias que corrieron sobre la batalla de Marengo. Aun se había llegado á creerle por un instante muerto ó vencido, y los ambiciosos habían puesto manos á la obra. Pensaban unos en Carnot, otros en Mr. de La Fayette, libertado de Olmutz y restituido á Francia por un acto benéfico del primer cónsul. Querían hacer á Carnot ó á La Fayette presidente de la república, aunque ninguno de los dos tenía la menor parte en semejantes intrigas. Pero José y Luciano Bonaparte concibieron respecto del primero, y con harta injusticia, sospechas de que hicieran partícipe á su hermano. De aquí provino la intempestiva resolución que tomó más tarde el primer cónsul de separar á Carnot del ministerio de la Guerra. También se había llegado á creer que Talleyrand y Fouché, que se odiaban mutuamente, tendían á reconciliarse, sin duda para prestarse arrimo y aprovecharse juntos de los sucesos. Nada se logró descubrir en aquel momento en el hombre llamado por más títulos á reemplazar al general Bonaparte, caso de desaparecer éste de la escena, que era Mr. Sieyes. Pero fué el único que se mantuvo en tan prudente reserva. Aquellos síntomas, por lo demás, apenas pudieron insinuarse, por cuanto el efecto de las malas noticias quedó pronto destruido por las buenas y verdaderas que llegaron; se exageró mucho sin embargo la relación de lo ocurrido, y el primer cónsul concibió contra algunos personajes resentimientos que supo disimular con prudencia, y que aun consiguió olvidar completamente respecto de todos aquellos á quienes se había acusado, exceptuando sólo al ilustre Carnot. Por otra parte, entregado enteramente el primer cónsul al júbilo de sus triunfos, no quiso que la más ligera nube turbase en aquel instante la felicidad pública; recibió á todos con agrado y fué recibido con raptos de gozo, especialmente por los que tenían algo que echarse en cara. El pueblo de París, noticioso de su regreso, corrió á agolparse bajo las ventanas de las Tullerías, y llenó todo el día los patios y el jardín del palacio. Se vió precisado repetidas veces el primer cónsul á presentarse á aquel gentío. Por la noche se vió iluminada espontáneamente toda la ciudad; celebrábase con entusiasmo una victoria que parecía milagrosa, nuncio seguro de una paz ardientemente apetecida. Aquel día hizo tanta impresión en el que era

objeto de tales obsequios, que veinte años después, solo, desterrado y prisionero en la vasta soledad del Océano Atlántico, le recordaba recorriendo sus memorias como uno de los más felices de su vida.

A la mañana siguiente presentáronse los cuerpos del Estado, y dieron el primer ejemplo de esas felicitaciones cuyo espectáculo fastidioso se ha renovado después tantas veces y bajo todos los reinados. Aquel espectáculo era entonces nuevo y no carecía de fundamento. Viéronse entrar en las Tullerías el senado, el cuerpo legislativo, el tribunado, los tribunales superiores, la prefectura del Sena, las autoridades civiles y militares, y por último el Instituto y las sociedades científicas. Acudían aquellas ilustres corporaciones á complimentar al vencedor de Marengo y á dirigirle el mismo lenguaje que antes y después se usó siempre con los reyes; pero es fuerza confesar que dicho lenguaje, aunque uniforme en lo encomiástico, era á la sazón hijo de un entusiasmo sincero (1). En efecto, cambiada la faz de las cosas en pocos meses, substituída la seguridad á la inquietud y al desconcierto, restablecida la Francia por una inaudita victoria al frente de las demás potencias europeas, sosegada el ansia y la zozobra que causaba el temor de una guerra general con la certeza de una paz cercana, y finalmente cimentada la prosperidad por todas partes, no era posible que resultados tan grandes y tan prontamente realizados no arrebatasen los ánimos de todos. El presidente del senado terminó así su alocución, que puede dar idea de todas las otras que se pronunciaron en aquel suntuoso y entusiasta recibimiento.

«Nos complacemos en reconocer que la patria os debe su salvación, que la república os deberá el verse consolidada, y el pueblo una prosperidad que habéis conseguido establecer en un solo día, después de diez años de la revolución más tormentosa.»

Mientras esto acontecía en Italia y en Francia, continuaba Moreau en las orillas del Danubio su memorable campaña contra Mr. de Kray. Dejámosle manobrando alrededor de Ulm para obligar á los austriacos

(1) El consejero de Estado Roederer, divinizando ya á su nuevo señor, le aplicó en un periódico con servil y baja adulación aquel verso tan repetido de Virgilio:

*Deus nobis hac otia fecit.*

Puede en rigor decirse que Bonaparte tenía exclusivamente ocupada á la sociedad parisiense. No se hablaba más que de él; no había comedia donde no se le dedicara alguna estrofa relativa á su victoria; su nombre resonaba en los teatros, en las fiestas públicas; dábanle bailes, dirigíanle arengas. Las modas explotaron en todo género el nombre de Marengo; hubo contradanzas á la Marengo, trajes á la Marengo, y hasta guisados á la Marengo.

Y para que se vea hasta qué punto llegó la infatuación que produjo el héroe á la moda, léase en el citado periódico de Roederer la siguiente noticia: «El general Cafarelli recibió ayer de parte de cinco damas, que no han querido revelar sus nombres, una caja cerrada para que la entregase al primer cónsul; al abrirla por la noche apareció dentro de ella una corona de laurel entretejida con siemprevivas, y en el centro estos versos:

«El ínclito guerrero su galardón reciba  
de ti, de la Paz numen, de ti, Minerva fiel:  
dad al genio en tributo la verde siempreviva,  
dad al valor heroico la rama de laurel!»

(N. del T.)

TOMO VI

á desamparar aquella ventajosa posición. Se había situado entre el Iller y el Lech apoyando sus dos alas en aquellos ríos, haciendo frente al Danubio y dando la espalda á la ciudad de Augsburgo, dispuesto á recibir á Mr. de Kray si trataba de embestirle, y cortándole entretanto el camino de los Alpes, que era la condición esencial del plan general. Si los triunfos de Moreau no habían sido prontos y decisivos, fueron al menos constantes y suficientes para que el primer cónsul llevase á cabo en Italia lo que se había propuesto. Pero llegaba el instante en que el general del ejército del Rhin, alentado por el tiempo y por los triunfos del ejército de reserva, iba á intentar una maniobra seria para desalojar á Mr. de Kray de la posición de Ulm. Ahora que sabía el éxito feliz del paso de los Alpes, aunque sin noticia de la batalla de Marengo, no temía ya tanto Moreau descubrir las montañas, y gozaba para sus movimientos de toda libertad. Entre las diversas maniobras que tenía á su arbitrio para apoderarse de Ulm, prefirió la que consistía en pasar el Danubio más abajo de dicha posición y en obligar á Mr. de Kray á levantar el campo amenazando interceptarle su línea de retirada. Esta operación era en efecto la mejor, porque la de encaminarse directamente por Munich sobre Viena era demasiado temeraria para el carácter de Moreau, y prematura quizá atendido el estado general de los negocios. La de pasar más arriba tocando con Ulm para asaltar á viva fuerza el campamento austriaco, era azarosa como lo es todo asalto. Pero pasar debajo de Ulm y obligar á Mr. de Kray á tomar su línea de retirada, amenazándole cortársela, era la maniobra más prudente y también la más segura.

Comenzó Moreau su movimiento del 15 al 18 de junio para ejecutar su nueva resolución. Dijimos que de resultas de la partida de los generales Saint-Cyr y Sainte-Suzanne, la organización de su ejército había recibido algunas modificaciones. Lecourbe seguía formando la derecha, y Moreau el centro á la cabeza del cuerpo de reserva; el cuerpo de Saint-Cyr, á las órdenes ahora del general Grenier, formaba la izquierda; el de Sainte-Suzanne, reducido á las proporciones de una mera división, aunque considerado y confiado al intrépido Richepanse, iba á servir de cuerpo de flanqueadores con encargo de observar á Ulm mientras se ejecutaban las maniobras por más abajo.

Hubo por aquel lado algunos combates, especialmente en 5 de junio, en que dos divisiones francesas arrojaron el ímpetu de cuarenta mil austriacos. Mr. de Kray no podía hacer cosa más conducente para reconcentrar nuestras fuerzas sobre Ulm que darnos ocupación grave y continua en aquel punto. El 18 de junio Richepanse acampaba á vista de la plaza, Grenier con la izquierda se situaba en Guntzburgo, y el centro, compuesto del cuerpo de reserva, en Burgau; Lecourbe se extendía con el ala derecha hasta Dillingen. Había cortado el enemigo todos los puentes desde Ulm hasta Donauwerth; pero un reconocimiento que hizo Lecourbe decidió á Moreau á escoger para pasar el Danubio los puntos de Blindheim y Gremheim, por cuanto los puentes mal cortados que en ellos había ofrecían fácil reparación. Encargóse á Lecourbe esta operación arriesgada, y para facilitarla se le dió de refuerzo el general Boyer con cinco batallones y toda la reserva de caballería,

18



bajo las órdenes del general Hautpoul. El mismo centro, mandado por el general en jefe, pasó de Burgau á Aislingen para poder auxiliar el paso. Grenier recibió orden de hacer con la izquierda una tentativa por su lado para atraerse la atención del enemigo. El 19 de junio por la mañana dispuso Lecourbe sus tropas entre los pueblos de Blindheim y Gremheim, cuyos puentes sólo estaban medio destruidos, y tuvo cuidado de parapetarse con telas. Carecía de materiales de puentes y solamente contaba con algunos tablonces. A todo lo que le faltaba suplía con la osadía; el general Gudín dirigía á las órdenes de Lecourbe la tentativa del paso; colocáronse varias piezas de artillería sobre la orilla del Danubio para alejar al enemigo; al mismo tiempo el agregado Quenot se arrojó valerosamente á nado con el fin de apoderarse de dos grandes barcas que se divisaban en la otra orilla; alcanzólas aquel intrépido oficial en medio de una lluvia de balas, y las trajo consigo sin más contratiempo que una leve herida en el pie. Escogieron los más diestros nadadores de las divisiones, los cuales despojándose de sus armas y uniformes los dejaron en las dos barcas, y se arrojaron á las aguas del Danubio bajo los fuegos del enemigo. Llegados á la otra orilla, y sin tomar siquiera tiempo para vestirse, empuñaron sus armas y cayeron sobre unas cuantas compañías de austriacos que custodiaban aquella parte del río, dispersándolas y quitándoles dos piezas de artillería con sus correspondientes cajas de municiones. Verificado esto, corrieron á los puentes cuyos estribos aún subsistían, y trabajaron por las dos orillas en colocar escalas y tablonces y en restablecer un medio provisional de comunicación. Aprovechándose de él algunos artilleros franceses, pasaron al otro lado del Danubio y fueron á asestar contra el enemigo las dos piezas de artillería que le habían quitado. En breve quedaron por nosotros ambas orillas, y los puentes suficientemente restablecidos para servir de paso á la parte principal de las tropas. Comenzaron á atravesarlos la infantería y la caballería; forzoso era presumir que subirían aceleradamente de Donauwerth numerosos refuerzos austriacos y que bajarían además de todas las posiciones superiores de Gundelfingen, Guntzburgo y Ulm. Lecourbe, que había recorrido en persona el campo, mandó colocar la infantería de que podía disponer, con algunos pelotones de caballería, en la aldea de Schweningen, situada en el camino de Donauwerth. Este punto era importante, pues por allí debían asomar los austriacos al subir por el Danubio. Pronto, en efecto, aparecieron unos cuatro mil hombres de infantería con quinientos caballos y seis piezas; y atacaron la aldea, que en menos de dos horas fué perdida y reconquistada repetidas veces. Pero la superioridad numérica de los austriacos y su encarnizamiento en recobrar una posición decisiva, iban á triunfar de nuestras tropas obligándolas á desamparar la aldea, cuando Lecourbe recibió oportunamente un refuerzo de dos escuadrones de carabineros. Los agregó á unos cuantos pelotones del 8.º de húsares que tenía á la mano y los impelió contra la infantería enemiga, la cual se dilataba por la vasta llanura á orillas del Danubio. Ejecutóse aquella carga con tan singular esfuerzo y prontitud, que los austriacos desbaratados dejaron en poder nuestro su artillería, dos mil prisioneros y trescientos caballos. Dos batallones de wurtem-

bergeses que intentaban resistir formando cuadro, fueron derrotados como los otros. Después de aquella señalada refriega, sostenida por la brigada de Puthod, nada tenía que temer Lecourbe por el lado del Danubio inferior; pero los grandes peligros podían venir por otro punto diverso. El grueso de las fuerzas austriacas hallábase situado más arriba, es decir, en Dillingen, Gundelfingen y Ulm, y era preciso volverse hacia aquella parte para hacer frente al enemigo que iba á caer por allí. Afortunadamente las divisiones de Montrichard y Gudín, y la reserva de Hautpoul, habían pasado por los puentes de Gremheim y de Blindheim ya restaurados, y guarnecían la célebre llanura de Hochstett, tristemente famosa para nosotros desde los tiempos de Luis XIV (15 de agosto de 1704). El enemigo, que había acudido de los puntos más inmediatos sobre Dillingen, á alguna distancia de Hochstett, se hallaba formado cerca del Danubio con la infantería á nuestra izquierda á lo largo de los pantanos del río, y parapetado con algunas telas, y la caballería á nuestra derecha reunida en considerable número. Presentábase así en buen orden aguardando los refuerzos que le llegaban y retirándose lentamente para acercarse más á ellos. La media brigada 37.ª y un escuadrón del 9.º de húsares seguían paso á paso el movimiento retrógrado de los austriacos. Libre Lecourbe por el combate de Schweningen del enemigo que pudiera venir por el Danubio inferior, había llegado á galope á la cabeza del 2.º regimiento de carabineros, de los coraceros, del 6.º y 9.º de caballería y del 6.º de húsares, que formaban casi toda la reserva de caballería del general Hautpoul. El terreno era llano, y separaba al francés del enemigo una escasa corriente con el nombre de Egga, junto á la cual estaba situada la aldea de Schrezheim. Lecourbe al frente de los coraceros la atraviesa á galope, forma sus caballos al desembocar por ella, y se arroja sobre los jinetes austriacos, que sorprendidos con aquella carga vigorosa y repentina cejan desordenadamente, dejando descubiertos á los nueve mil infantes que debieron proteger. Abandonada así la infantería, intentan los soldados arrojar á los fosos que surcan las orillas del Danubio alrededor de Dillingen, pero los coraceros bien dirigidos rompen la columna y separan de ella á mil ochocientos hombres que quedan prisioneros nuestros.

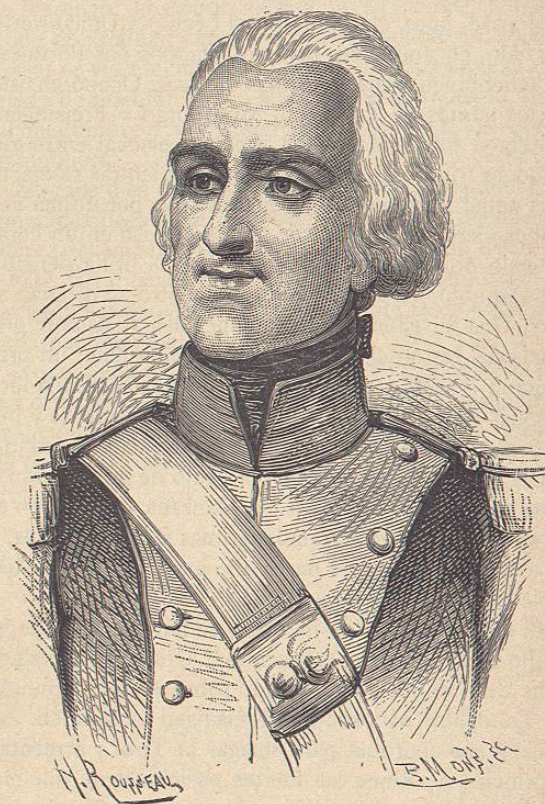
Ya eran dos combates venturosos los de aquel día, debidos en parte á la caballería, y no fué este segundo el último. Lecourbe se situó sobre el Egga, aguardando al resto de sus reservas, que llegaba por el puente de Dillingen, ya nuestro. Pero la caballería de Mr. de Kray corría apresuradamente, adelantándose á la infantería, y formaba en dos grandes líneas en la llanura detrás de Lauingen. Era aquella la ocasión oportuna de que nuestra caballería se aprovechase del impetuoso arrojido debido á los triunfos de la mañana y midiese sus armas con los numerosos y brillantes escuadrones del ejército austriaco. Después que Lecourbe dispuso que su infantería ocupase á Lauingen, reunió todos los caballos de sus divisiones con los de Hautpoul y los desplegó en la llanura, presentando al enemigo un género de combate que debía incitarle por causa del número y de la calidad de sus jinetes. Arrancó la primera línea austriaca al galope, con el conjunto y serenidad propios de una caballería muy hecha á las maniobras. Hizo en efecto

cejar al 2.º regimiento de carabineros que con tanto valor se había conducido por la mañana y á varios escuadrones de húsares que con él habían cargado. Entonces avanzan nuestros coraceros, reúnen á los carabineros y húsares que vuelven caras viéndose sostenidos, y caen todos juntos con ímpetu sobre los escuadrones austriacos, que á su vez tienen que ponerse en cobro. Al ver aquello la 2.ª línea de caballería enemiga, acude al combate, y llevando la ventaja del impulso á nuestros jinetes que se habían desunido en la carga, les obliga á retroceder aceleradamente. Pero quedaba el 9.º de reserva, y maniobrando con arrojo y destreza embiste por el flanco á la caballería austriaca, la sorprende, la desbarata y entrega la llanura de Hochstett á nuestros escuadrones victoriosos.

No podían ser de mucha consideración las pérdidas entre muertos, heridos ó prisioneros, porque generalmente sólo son duros los encuentros de la caballería con la infantería; pero quedaba por nosotros la llanura, y nuestra caballería acababa de lograr por primera vez una superioridad verdadera sobre la de los austriacos. Ya tenían todas nuestras armas decidido ascendiente sobre las del enemigo. Eran las ocho, y en los largos días de junio quedaba aún tiempo á los imperiales para disputarnos la orilla izquierda del Danubio, tan gloriosamente conquistada por la mañana. Asomaban ya en efecto ocho mil hombres de infantería á socorrer á los cuerpos ya vencidos, precediendo á una numerosa artillería. Moreau también se presentó al frente de todas sus reservas, y empeñóse entonces una nueva batalla todavía más encarnizada. La infantería francesa acomete á su vez á la infantería austriaca por entre las balas y metralla; los soldados de Mr. de Kray que lidian por el importante objeto de conservar la posición de Ulm, hacen alarde de extraordinario denuedo. Moreau se ve empeñado muchas veces personalmente en la refriega; pero su infantería, apoyada por los caballos que vuelven á la carga, queda por fin victoriosa á eso de las once de la noche. Entraba á tal tiempo en Gundelfingen la media brigada 37.ª, y quedaban ya en nuestro poder todas las posiciones de la llanura. Habíamos pasado el Danubio, hecho cinco mil prisioneros, tomado veinte piezas, mil doscientos caballos, trescientos carros y los ricos almacenes de Donauwerth. Había durado el combate diez y ocho horas consecutivas. Esta operación, que trocaba en recuerdo de gloria la triste memoria de Hochstett, era después de Marengo la más grande de toda la campaña; honraba igualmente á Lecourbe que á Moreau, pues éste se había ido animando por grados, y estimulado por fin con los ejemplos dados en Italia, había ensanchado el círculo de sus miras, y acababa de ceñir un lauro de aquel árbol donde el primer cónsul los había arrancado tan gloriosos. ¡Dichosa y noble rivalidad si no hubiera pasado jamás de aquel honroso límite!

Después de una maniobra tan atrevida y decisiva por parte de su adversario, no podía Mr. de Kray permanecer más tiempo en Ulm sin ver cortadas sus comunicaciones con Viena. Marchar en línea recta sobre los franceses y presentarles batalla, era demasiado azaroso con unos soldados cuyo aliento acababa de abatir de nuevo el último suceso. Tomó, pues, el partido de levantar el campo apresuradamente aquella misma no-

che. Mandó ir delante su parque de artillería compuesto de cerca de mil carros, y con el grueso del ejército tomó á la mañana siguiente el camino de Nordlingen. Marchaba con un temporal horroroso y por caminos que la lluvia hacía de todo punto intransitables; sin embargo, fué tal la rapidez de su retirada, que en veinticuatro horas llegó á Neresheim. Para sostener á sus tropas desalentadas hizo cundir el rumor de que se acababa de firmar en Italia una suspensión de armas que iba á extenderse á la Alemania y que la paz sería su inmediata consecuencia. Esta noticia difundió el contento entre



Latour d'Auvergne, llamado el primer granadero de Francia

sus soldados, prestándoles nuevo aunque escaso aliento, con el cual llegaron á Nordlingen.

Moreau supo demasiado tarde la retirada del enemigo; Richepanse sólo pudo advertir la evacuación de Ulm cuando ya partían los últimos destacamentos, y en seguida dió aviso á su general en jefe. Pero entretanto los austriacos llevaban ya la delantera, y el mal tiempo que reinaba hacía dos días no permitía alcanzarlos con una marcha forzada. Llegó, no obstante, Moreau á Nordlingen el 23 de junio por la tarde, estrechando de cerca la retaguardia de Mr. de Kray. Viendo que por aquellos malos caminos no podía adelantar lo bastante para alcanzar al ejército austriaco, y que se vería obligado á una persecución infructuosa sin saber hasta dónde, resolvió Moreau detenerse y escoger una posición acomodada al estado actual de las cosas. Mr. de Kray, que no quería aún comunicarle la fausta noticia de la victoria de Marengo, ignorada aún en el campo francés, le dió parte tan sólo del armisticio celebrado en Italia, y le propuso otro semejante para la Alemania. Moreau, que se malició al punto que debían haber ocurrido grandes y felices acontecimientos al otro lado



de los Alpes, y que esperaba de un momento á otro recibir un correo que se los anunciase, no quiso estipular cosa alguna antes de saberlos, y sobre todo antes de haber conquistado para sus tropas mejores acantonamientos. Resolvió repasar el Danubio, confiar á Richepanse el acordonamiento de las principales plazas, Ulm é Ingolstadt, situadas junto á aquel río, dirigirse con el grueso de su ejército al otro lado del Lech, ocupar á Augsburgo y á Munich, asegurarse de este modo parte de la Baviera para sostener su ejército, y conquistar, por último, los puentes del Isar y todos los caminos que conducen al Inn.

Repasó, pues, el Danubio y el Lech por Donauwerth y Rhain, encaminó sus diversos cuerpos por Pottmess y Pfaffenhofen hasta las orillas del Isar. Ocupó en este río los puntos de Landshut, Moosburgo y Freisingen, y destacó sobre Munich á Decaén, el cual entró allí como en triunfo el día 28 de junio. Mientras se ejecutaba aquel movimiento se encontraron por última vez ambos ejércitos, y chocaron de improviso en un combate sin objeto en Neuburgo, sobre la orilla derecha del Danubio y á tiempo que uno y otro se dirigían al Isar. Una división francesa, empeñada á bastante distancia del resto del ejército, tuvo que sostener un prolongado y reñido combate, en que acabó triunfando, después de sufrir la sensible pérdida del valiente y heroico Latour d'Auvergne. Este ilustre soldado, honrado por el general Bonaparte con el título de primer granadero de Francia, murió de una lanzada recibida en el corazón; el ejército derramó lágrimas sobre su tumba, y no abandonó el campo de batalla hasta después de haberle erigido un monumento (1).

El día 3 de julio (14 mesidor) se hallaba Moreau en medio de la Baviera bloqueando á Ulm y á Ingolstadt, orilla del Danubio, y ocupando sobre el Isar los puntos de Landshut, Moosburgo, Freisingen y Munich. La ocasión era oportuna para amagar al Tirol y arrebatar al príncipe de Reuss las fuertes posiciones de que era dueño á lo largo de las montañas y en las fuentes del Iller, del Lech y del Isar, posiciones en las cuales podía continuar molestando á los franceses. A la verdad no podía el príncipe inspirar grandes temores, pero su presencia nos obligaba á formar destacamentos considerables y era para nuestra ala derecha objeto de constante aprensión. Con este propósito fué reforzado el general Moureau, y se le dieron medios de atacar el Tirol y la tierra de los Grisones. Fueron sucesivamente tomadas con celeridad y gloria las posiciones de Fussen, Reitti, Inmenstadt, Feldkirch, y nuestra ocupación del Isar quedó perfectamente asegurada.

Mr. de Kray había repasado el Isar y trasladádose detrás del Inn, ocupando delante de este río el campo de Ampfing y las cabezas de los puentes de Wasserburgo y del Mühlendorf. Corría la mitad de julio (fin de mesidor); el gobierno francés había dejado al general Moreau en pleno arbitrio para obrar á su modo y para suspender las hostilidades cuando lo juzgase conveniente. Con razón creyó que no era oportuno guerrear solo; el descanso de que disfrutaban los soldados de Italia excitaba la envidia de los de Alemania; además

(1) El monumento decretado á la memoria del heroico Latour d'Auvergne sólo llegó á erigirse en el año de 1841 en el pueblo de Carhaix, en la baja Bretaña, donde nació aquél. (N. del T.)

el ejército del Rhin, acampado entre el Isar y el Inn, tenía una posición mucho más adelantada que el ejército de Italia y uno de sus flancos descubierto. Aunque una de las estipulaciones del convenio de Alejandría prohibía, así á los franceses como á los austriacos, enviar destacamentos á Alemania, podía suceder que semejante estipulación no se observase religiosamente y que cayese en breve sobre el ejército del Rhin un aumento imprevisto de enemigos. Moreau, que había recibido repetidas proposiciones de Mr. Kray, se decidió por fin á escucharle, y el 15 de julio (26 mesidor) consintió en firmar en Parsdorf, más arriba de Munich, una suspensión de armas semejante con corta diferencia á la de Italia.

Debían los dos ejércitos retirarse cada cual detrás de una línea de demarcación que partiendo de Balzers en la tierra de los Grisones se prolongaba por el Tirol, corría entre el Isar y el Inn á igual distancia de ambos ríos, iba á parar á Wilshofen sobre el Danubio, subía la corriente arriba de este río hasta la embocadura del Alt-Mühl, y seguía el Alt-Mühl, el Rednitz y el Main hasta Maguncia. Las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt permanecían bloqueadas, pero debían recibir cada quince días una cantidad de víveres proporcionada á la fuerza de sus guarniciones. Ambos ejércitos tenían el tiempo de doce días para darse aviso en caso de renovarse las hostilidades. El ejército francés en tal situación tenía para sustentarse las tierras de la Franconia, Suabia y gran parte de la Baviera. Nuestros soldados, situados sobre el Mincio por un lado de los Alpes y sobre el Isar por el otro, iban por fin á resarcirse de sus privaciones y trabajos en las pingües llanuras de Italia y de Alemania. Bien lo merecieron en verdad aquellos valientes por las más nobles hazañas que señalaron hasta entonces á las armas francesas. El ejército del Rhin, aunque no había brillado tanto como el de Italia, se había distinguido no obstante en una campaña dirigida con tanto acierto como bizarría. El último acontecimiento memorable de aquella campaña, que fué el paso del Danubio en Hochstett, podía figurar al lado de los más brillantes hechos de armas de nuestros anales militares. La opinión, desfavorable á Moreau en 1799, llegó á ser casi parcial en favor suyo en el año de 1800. Después del nombre del general Bonaparte pronunciábase siempre el del general Moreau, sin que dejase de ser altamente honorífico el puesto que en el concepto público se le reservaba por distar mucho del que ocupaba el primero; y como la opinión es de suyo voltaria, eclipsaba Moreau aquel año al mismo vencedor de Zurich que le obscureció el año precedente.

La noticia de los triunfos del ejército del Rhin puso el colmo á la satisfacción que produjeron los extraordinarios hechos del ejército de Italia, y trocó en certidumbre las esperanzas de paz de que todos los ánimos se hallaban poseídos. Grande y general fué el júbilo; los fondos públicos denominados del cinco por ciento, que se vendían á trece francos antes del 18 brumario, subieron á cuarenta. Un decreto de los cónsules anunció á los tenedores de papel que recibirían el pago íntegro en numerario del primer semestre del año IX, que iba á vencer en 22 de septiembre de 1800: ¡dichosa nueva que por mucho tiempo atrás no recibían los infelices acreedores del Estado! Atribúanse todos aque-

llos beneficios á los ejércitos, á los generales que los habían conducido, pero principalmente al joven Bonaparte, que acababa de gobernar y combatir á la vez, con tanta superioridad en una como en otra tarea. Por esta razón fué celebrada con gran pompa la fiesta del 14 de julio, que era una de las dos solemnidades republicanas que había conservado la Constitución (1). Dispúsose en los Inválidos una ceremonia verdaderamente magnífica; el compositor Mehul escribió para ella muy bellos cantos, y trajeron para ejecutarlos los primeros cantores de Italia, de donde comenzábamos á la sazón á recibir obras maestras y artistas para que sirviesen de modelo á los nuestros. Después que el primer cónsul escuchó aquellos cantos bajo la cúpula de los

(1) En 14 de julio se celebraba el aniversario de la toma de la Bastilla, y aunque en el fondo repugnaba bastantemente á las opiniones é instintos de Bonaparte todo lo que tenía algo que ver con los levantamientos de las masas, y aquella exaltación de las antiguas ideas de 1789 que la constitución del año VIII había herido de muerte, fingió participar del regocijo de los patriotas; hizo que Mr. de Fontanes compusiese un himno en loor de la república, habló mucho de libertad y de pueblo soberano, y con hipócrita jacobinismo brindó por el pueblo francés y por el 14 de julio en el banquete patriótico que se celebró aquel día.

Este banquete se verificó después de la revista de las tropas en el Campo de Marte; asistieron á él los inválidos que habían obtenido medallas de oro, y brindaron los tres cónsules, el ciudadano Roger-Ducós, el presidente del tribunado Jard-Panvilliers y el general Berthier; todos por la constitución, la libertad y el pueblo. (N. del T.)

Inválidos, se dirigió acompañado de su estado mayor numeroso al Campo de Marte, en medio del cual había de recibir á la guardia consular. Acababa ésta de llegar aquella misma mañana cubierta de polvo y con sus uniformes hechos harapos, sin haberse detenido un punto desde el día siguiente á la batalla de Marengo, para acudir puntualmente al señalamiento que le hizo el primer cónsul para el 14 de julio. Traía á los Inválidos las banderas ganadas en la última campaña para que se agregasen al depósito común de nuestros trofeos. Agolpóse el gentío que llenaba las dos extremidades del Campo de Marte para ver más de cerca á su colmo estuvo á pique de producir ocurrencias desagradables; el primer cónsul se vió mucho tiempo apretado entre aquella marejada de pueblo. Volvió á las Tullerías rodeado de la muchedumbre y se consagró el día entero á los regocijos públicos.

Algunos días después, el 21 de julio (2 termidor), se anunció la llegada del conde de Saint-Julien, oficial confidente del emperador de Alemania, encargado de llevar á París la ratificación del convenio de Alejandría y de conferenciar con el primer cónsul sobre las condiciones de la paz inmediata.

No se dudó ya más de la conclusión de aquella paz tan deseada que había de poner término á la segunda coalición, y puede decirse que jamás disfrutó la Francia de días más venturosos.